

A nuestra edad, amigo Miquel, muchas semanas y casi todos los meses son de difuntos. Yo me veo como superviviente: viviendo todavía, por la gracia de Dios (o de la Naturaleza, que diría Spinoza), sobreviviendo en tiempo de descuento, con achaques no graves y por fortuna –o de nuevo por gracia- con la cabeza despejada. Y no he de ocultar que me resulta lacerante esa conciencia de supervivencia, del escaso tiempo que me resta, del consiguiente temor a la muerte, a la agonía, a las caídas, también al deterioro mental, Alzheimer o demencia, que sufren algunas personas cercanas.

No me puedo quitar de la cabeza esos cuatro jinetes del apocalipsis personal –muerte, agonía, discapacidad física, demencia- en una hipertrofia de conciencia seguramente patológica, enfermiza. ¿Habré de ir al psicólogo?, ¿tomar un euforizante? Me pregunto cómo se las apañan otros, cómo os apañáis quienes andáis por los ochenta y pico.

Dices que casi todo está escrito y publicado sobre los temas que investigas y que cabe en tres páginas lo que puedas aportar de original. ¿Y te parece poco? ¿Por qué no escribes esas tres páginas sin enredarte en pormenores de investigación y las colocas en tu web? Y los demás, ¿qué te crees que hacemos? Comentas páginas de libros míos en los que no digo nada original (como tampoco Ratzinger, por supuesto). De mi ausencia de originalidad, de mis publicaciones de segunda o tercera mano me justifico pensando que estoy haciendo llegar a algunos lectores ideas y pensamientos que ya están dichos, pero que ellos no han leído en su formulación original. Me acojo a esa justificación recordando a Erasmo, a Montaigne y a tantos otros que han escrito glosando y reciclando a los antiguos.

Sit tibi vita levis. Alfredo